

OSCAR DEL BARCO, *Escrituras. Filosofía*, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2011.¹

Leer este volumen es una verdadera locura. O mejor: habría que decir que este volumen parece recordarnos que leer, escribir, pensar o interpretar, incluso la posibilidad misma de la palabra, es ya un exceso o acceso a la locura. Oscar del Barco (Córdoba, 1928) es un intelectual cuya obra prácticamente no conoce límites; ha escrito sobre política, filosofía, historia, antropología, poesía, pintura. Fue militante del Partido Comunista, de donde fue expulsado en 1963; luego dirigió la revista *Pasado y Presente* (una publicación fundamental en la renovación teórica del marxismo en la Argentina). Vivió un largo exilio en México, donde dirigió el Centro de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Autónoma de Puebla y, de regreso en la Argentina, fue Profesor de Teoría Política en la Universidad Nacional de Córdoba; actualmente colabora con la revista *Nombres*. Es autor de *La intemperie sin fin*, *El abandono de las palabras*, *El otro Marx* y *Juan L. Ortiz. Poesía y ética*, entre otros libros. Con el subtítulo de “filosofía”, la Colección Reediciones y Antologías de la Biblioteca Nacional reúne aquí casi cuarenta textos del multifacético filósofo, recorriendo más de treinta años de su pensamiento.

Escrituras abre con un prólogo de Horacio González en donde se da cuenta de las cuatro partes en que se dividen y reagrupan los textos de O. del Barco: una primera parte signada por la cuestión del marxismo-leninismo; una segunda, dominada por la polémica de la crisis del marxismo; la tercera, con textos sobre Nietzsche, Heidegger y Artaud; la cuarta, con escritos que van desde inicios de los ochenta hasta la actualidad, donde O. del Barco se presenta como crítico de literatura y de pintura. González —a propósito de este último racimo de textos— agrega: “me permito decir que aquí se encuentra lo más hondo de este libro”. Y lo cierto es que el último tramo del libro es realmente excepcional. Sin embargo, vayamos al comienzo del volumen. “Esencia y apariencia en *El capital*” es el primer artículo recopilado, un trabajo de casi cien páginas —publicado por primera vez en Puebla, México, en 1977— donde O. del Barco explica en qué sentido debemos leer la obra de Marx como un caso notable de lo que Jacques Derrida denominó como “deconstrucción” de las categorías del pensamiento occidental. Y es precisamente un seguimiento a la letra de las nociones de “esencia” y “apariencia” en el texto marxiano lo que le permite al filósofo señalar que “se trata de pensar la conceptualización marxista fuera del orden filosófico, de establecer la ruptura radical de Marx con la filosofía como forma de pensamiento esencialmente teológico”. ¿Qué significa esto? Lo

¹ La siguiente Reseña es la ampliación de un texto aparecido en el suplemento “Radar Libros” del diario *Página 12*. La versión original fue publicada el día 1 de abril de 2012 y se encuentra disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-4625-2012-04-03.html>

que hace O. del Barco es leer de qué modo ha leído Marx a Hegel. Y Hegel, por su parte, ha leído a toda la historia de la filosofía como a un único movimiento progresivo de la razón de occidente. Marx nos muestra que la filosofía hegeliana (y toda filosofía, en realidad) no puede sino ser el corpus teórico de la burguesía. Nada queda por fuera de la explicación filosófica de la realidad; por lo tanto, la clase obrera es la nada. O peor, ni siquiera es la nada, queda incluso por fuera de la dialéctica del ser y la nada. ¿Qué es, entonces, la clase obrera? “Es *una aberración, un accesorio del taller capitalista, un mero fragmento de su propio cuerpo, un esclavo, un autómatas, la parte de una máquina*”, escribe O. del Barco citando a Marx. Excluido de la realidad, el obrero sufre en su carne el hecho de que “hasta el trabajo más fácil se convierte en medio de tortura” para él. La clase obrera es una contradicción en sí misma. Al mismo tiempo, esta aberración constituye “un real”, es decir, una ruptura hacia el interior de la realidad misma, engendrando así la hecatombe, su propio monstruo incontenible, la caída del orden burgués, la revolución. La deconstrucción es el resultado de conceptualizar la revolución en su propio movimiento, implicando la destrucción de la episteme occidental conformada “por un mundo de categorías (esencia, apariencia, verdad, ser, presencia) que dominan el pensamiento del conjunto de la sociedad”, escribe O. del Barco en su más intrincado trabajo.

En “Tres notas sobre el problema de la hegemonía” (1978), O. del Barco aborda el problema del arte “de izquierdas”. En realidad, sugiere, no debe hacerse una distinción entre arte revolucionario y arte burgués. Si bien existe la utilización capitalista del arte, hay que afirmar que no existe algo así como un arte propiamente capitalista. No hace falta tematizar la revolución o la explotación del hombre para encontrar a una obra revolucionaria. Decirle al artista lo que es o no es arte revolucionario no es sólo una vanidad sino sobre todo una estupidez. Los artistas “son hombres que viven hasta el límite su propia época y que, al margen de su ubicación política, ya sea de derecha o de izquierda, siempre son los *chivos expiatorios* de la sociedad, como lo señaló Antonin Artaud de manera precisa”. “El *viaje* de Artaud a México” (1981) es un texto hermoso, donde O. del Barco intenta distanciar a Artaud de las lecturas literarias de su obra: “Hay que decirse, o consideramos a Artaud como un puro fenómeno literario, y entonces podemos seguir atribuyéndole a su *locura* lo que en realidad constituye la premisa de toda posible transformación de nuestro mundo, o lo aceptamos y avanzamos hasta las últimas consecuencias de su viaje”. Y no son muy diferentes a las consecuencias del propio viaje de O. del Barco: “hay que dejar –decía Artaud– de tomar a los indios por salvajes (...), somos nosotros quienes debemos elevarnos hasta la altura de los indios”.

Es notable la belleza que consigue el autor en los últimos textos de esta recopilación, por ejemplo en “Acerca de *El apóstol Mateo y el ángel* de Rembrandt”, donde leemos: “Un hombre con el rostro vuelto hacia el espectador, un hombre con la fuerza de la edad madura, los ojos mirando hacia dentro de sí, extremadamente concentrados en sí, la

mano izquierda más bien flaca, como depositada sobre el pecho, tocando y retirándose pero permaneciendo en una barba hendida y canosa, canas que terminan de abrirse paso en la negrura secular, un borde apenas insinuado en la camisa blanca, la mano derecha sostiene en suspenso la pluma, el apóstol se abstrae de su escritura y está infinitamente concentrado, escuchando, la sombra de la mano cae sobre las hojas donde escribe, hay una oscuridad dorada, en algunas partes rojiza de rescoldo, soliviantadas por ciertos matices blanquecinos, de luz mortecina, como la mano izquierda, los dedos del ángel, la página izquierda del cuaderno, el ángel es bello, juvenil, tiene largos bucles ensortijados y un perfil más bien lleno, fuerte, de labios carnosos y nariz aguda, con una luz semejante a la del rostro del apóstol, su pequeña mano derecha descansa en un gesto cálido sobre el hombro de ese ser que bien puede ser el padre o el hijo o el propio espíritu". Y son todavía más bellos los textos para catálogos y el rescate de escritores, poetas, amigos y pintores que cierran el volumen: "el pintor siempre marcha al sacrificio con la cabeza engalanada de lámparas", escribe, para un catálogo de una muestra de Nani Capurro, en México. En el catálogo de una exposición de Eduardo Vázquez Villanueva escribe sobre una ramita "(que por un milagro no se quebró) puesta allí como un inmenso bosque, ¿para qué? La ramita, la humildad que es, habla". Inolvidables, también, los textos sobre Antonio Marimón (autor de *Aquí llega el sol*), y Romilio Ribero, poeta olvidado pero cuyo olvido "no fue casual ni intencional. Fue, digamos, un desplazamiento. Ser desplazado, mandado o ubicado en *su lugar*: la marginalidad. A eso es a lo que llamo *olvido*, a que él, un poeta (¿significativo, importante, cómo calificarlo?) de la poesía argentina, no figure en la antología de cerca de mil páginas preparada por un especialista como Jorge Mantelone para la editorial Alfaguara en ocasión del bicentenario. Se trata de un olvido que va mucho más allá del responsable de la selección. Es como si se olvidara a Vallejo en una selección de poesía peruana... Es, digamos, todo un acontecimiento, ni psicológico ni sociológico, algo que tal vez no pueda analizarse por pertenecer a la metafísica (¿a la metafísica de las costumbres?)...". No puede dejar de mencionarse el recuerdo de "Mumo" Gatti, su amigo antropólogo inmerso en una tribu de las costas mexicanas, "investigando" entre mujeres, marihuana, peyote, ron y pescadores: "Nos reuníamos, hablábamos de literatura, de política, de mujeres, de música, de indios, de antropología, de filosofía... Nuestras conversaciones parecían una red, una mezcla abigarrada de temas por los que nos paseábamos como si supiéramos algo. Ese era el *método*, decíamos. No saber nada, meterse en todo, ser eternamente aprendices, viajeros, saber perder, saber perderse, arriesgarse, ir recogiendo desechos, trapos, papeles, sonrisas, broncas. Ser antropólogo, decía, es algo que no puede catalogarse, que no tiene nombre ni títulos, *hay que desidentificarse, Oscar, volverse otro*, me decía". En *Alternativas de lo posthumano* (Caja Negra) se incluye un *diario de viaje* en el que O. del Barco relata una visita a Mumo y sus experiencias con peyote y LSD.

La obra de Oscar del Barco es tan impresionante como abierta; asomarse a su interior es una experiencia intensa, sólo comparable con las más crudas desventuras del pensamiento. Sus *Escrituras* parecen un desprendimiento infinitamente inteligente del famoso comentario de Goya según el cual *el sueño de la razón engendra monstruos*.

MARIANO DORR